

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
REVISTA DE INVESTIGACIONES  
HUMANÍSTICAS

# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Capilla Universitaria  
Biblioteca Universitaria*

15



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1974

Primeros principios y últimos fines, es decir, lo mismo que atormenta a Pascal, pues ni unos ni otros se revelan al pensamiento lógico-matemático, ya que éste parte de los primeros principios, pero renuncia a saber qué son esos fines últimos, y cuando lo intenta, su "geometrismo" le impide llegar a saber en qué consisten de veras y por qué son *fines últimos*.

Pues, en fin de cuentas, se trata —lo mismo en el caso de Pascal que de Unamuno— de lo que ha acontecido y seguirá aconteciendo siempre, y que el autor de las *Lettres au Provincial* expresa así:

*Yo había pasado largo tiempo en el estudio de las ciencias abstractas, y su carácter poco comunicativo me había disgustado de ellas. Cuando he comenzado el estudio del hombre, he comprendido que las ciencias abstractas no le son propias, y que yo me había alejado más de mi condición penetrando en ellas, que los otros ignorándolas; entonces he perdonado a los otros su poco saber. Pero yo había creído que, a lo menos en el estudio del hombre, encontraría compañeros, y que aquel estudio era propio del hombre. Me he equivocado. Aun se encuentran menos que estudien esto que la geometría.<sup>92</sup>*

Cierto es que esto lo dice Sócrates, que lo repite, siglos después, Cusano, que vuelve a aparecer en Pascal, *et sic de coeteris*. Pues bien, de la constatación de esa "docta ignorancia" sale la filosofía de la angustia y del sentimiento trágico de la vida, que sirve siempre de rectificación constante a los excesos de la abstracción conceptual y la lógica. He ahí a Pascal, he ahí a Unamuno.

<sup>92</sup> B. PASCAL: *Pensées et Opuscules*, op. cit., "Pensées", Section II, 144.

## UN MUNDO NUEVO PARA EL NUEVO MUNDO

DR. OSCAR HASPERUÉ BECERRA  
Casa de Cultura Americana  
Acapulco, Gro., Méx.

NADIE PUEDE LEGÍTIMAMENTE, a la luz de los conocimientos científicos actuales, negar a Cristóbal Colón la gloria de haber sido el primer hombre que descubrió América para el mundo. Esto no disminuye la significación histórica de los descubrimientos anteriores realizados por los normandos en Terranova, incorporada recientemente a Canadá (1949) y otros lugares vecinos en los siglos X y XI, ni los que mongoles, fenicios, griegos y romanos pudieron haber hecho mucho antes. Tampoco la gloria colombina ha de resultar disminuida por la circunstancia de que Colón hiciera fundamentalmente su descubrimiento para el mundo europeo, pues mal habría podido hacerlo —según lo han observado ilustres historiadores contemporáneos que han reaccionado saludablemente contra el prejuicio europeísta del egocentrismo europeo— para los propios indígenas, quienes no habrían necesitado encontrarse, inventarse o descubrirse a sí mismos.

Creo, sin embargo, que el asunto merece ser revisado nuevamente bajo una perspectiva más amplia que vuelva a incluir al indígena en el hecho mismo del descubrimiento. Si éste, como hecho humano, ha de ser entendido no como hecho de naturaleza física —descubrimiento de tierras preexistentes—, sino como un hecho de naturaleza espiritual, como un hecho de conciencia, será entonces forzoso admitir que la incorporación de esa realidad física constituida por el continente, al que más tarde se llamaría América, al conocimiento del mundo, es decir, al conocimiento del hombre, fue válida como descubrimiento tanto para el europeo como para el aborígen. Para el europeo, en tanto anteriormente ignoraba la existencia de la realidad física formada por otras tierras y otros hombres. Para estos, los aborígenes, en cuanto ignoraban que hubiese más mundo que el de ellos, o, dicho de otro modo, que existiese un mundo

total, el mundo, que los incluía sin que ellos tuviesen conciencia de la inclusión. Si Humboldt pudo decir ayer que para los habitantes de Europa la obra entera de la creación se duplicó en el siglo XV, suministrando a las inteligencias nuevos y poderosos estímulos que aceleraron el progreso de las ciencias, hoy hemos de afirmar que el descubrimiento de Colón y sus hombres —no olvidemos a ninguno de sus hombres sin los cuales el descubrimiento no habría sido posible, como tampoco lo hubiera sido sin el apoyo de Isabel y Fernando y cuantos más concurrieron de un modo u otro al coronamiento de la empresa— abrió la conciencia del hombre europeo, indígena, africano y asiático, en suma, la conciencia del hombre de hace quinientos años, a un universo más amplio e integral cuyo conocimiento no solamente estimularía las ciencias sino que daría otra dimensión, otro nivel y otro significado al espíritu de la criatura humana sobre la faz de la tierra. “América —escribe O’Gorman— ya representa una ampliación del escenario de la vida de la cultura, hasta entonces sólo constituida por Europa, Asia y Africa, y por tal título merece el apelativo ‘mundo’”.

Pero si nadie ha de negar la gloria del hombre que se sintió llamado por la Providencia al darle su propio nombre de Cristo para la empresa de redimir de manos infieles su santo sepulcro, multiplicando los dominios de la España que le permitió cumplir la otra no menos heroica que la posibilitaria (“Esta otra Española [...] es para desear, e, vista, es para nunca dejar”), ese mismo hombre no pudo gozar entonces ni desde la inmortalidad la gloria de que fuese llamado por su nombre el continente que incorporó a la conciencia del mundo.

Dejemos a los historiadores la tarea de esclarecer si Colón murió pensando que las islas del Caribe pertenecían al archipiélago japonés o formaban parte de una tierra intermedia entre Europa y las Indias Orientales por el lado de Occidente (“Fernando Colón dice que la tercera y última razón que movió a su padre al descubrimiento de las Indias fue la esperanza que tenía de poder hallar antes de llegar a ellas, alguna isla o tierra de gran utilidad desde la cual pudiese después proseguir su intento principal”). Lo cierto es que ni Colón ni siquiera Vesputio en su primer viaje en que formó parte de la expedición de Alonso de Ojeda (1499-1500), dejaron testimonio de considerar que las tierras por ellos vistas no fuesen sino del Asia. Solamente en ocasión de su segundo viaje (1501-1502) dispuesto por el rey Manuel de Portugal que incorporó al florentino como cosmógrafo de la armada, advirtió éste el carácter distinto de tales tierras (un cielo y un mundo nuevos), si bien el monarca no atribuyó mayor importancia al relato. Decepcionado Vesputio regresó a España, narrando en carta a su jefe y amigo Lorenzo de Pier Francesco de Medicis las circunstancias del viaje y las características de las tierras y los habitantes que conociera en su transcurso. Fra Giovanni Giocondo, arquitecto de Verona, tradujo la carta, escrita en 1503, titulándola *Mundus Novus* —la carta decía

que “a dichas regiones podemos ciertamente denominarlas Nuevo Mundo porque no las conocieron nuestros mayores, siendo cosa enteramente novísima para quienes de ellas ahora oyen hablar—, siendo posteriormente reproducida varias veces y traducida al alemán, al francés y al holandés. Una de las ediciones en latín de *Mundus Novus* fue hecha por un joven poeta de los Vosgos llamado Matías Ringmann, que la llevó a Saint Dié, en la Lorena, donde actuaba un grupo intelectual denominado Gimnasio Vosgense bajo la dirección del canónigo de la catedral y secretario del duque Renato, Walter Lüd, quien había invitado a Ringmann y a Martín Walseemüller a participar en una nueva edición de la geografía de Ptolomeo, a la que se agregaría la carta de Vesputio. Al anunciar Lüd la nueva edición de la obra de Ptolomeo, expresó que existía la raza “americana”. Esta fue la primera ocasión que se aplicó tal adjetivo, advierte Diego Luis Molinari, mi lamentado amigo y maestro en historia, en cuya cátedra tuve el honor de colaborar como jefe de trabajos prácticos durante algunos años, y a quien sigo básicamente en esta página.

Walseemüller estampó como suyo el mapa general del mundo de que era autor Ptolomeo, añadiéndole los nuevos datos proporcionados por Vesputio y los demás descubridores, publicándolo en 1507 en Nuremberg. Walseemüller había comenzado en Saint Dié la reedición de la obra de Ptolomeo en 1505 que apareció solamente en 1513 en las prensas de Juan Schott. Las tierras de la parte sur del continente fueron designadas por primera vez con la palabra América. Posteriormente, el Gimnasio editó dos obras, la *Cosmographiae Introductio* y el gran mapa con las adiciones señaladas, en las que el autor, el mismo Walseemüller, se refiere en cuatro veces a las tierras que supuso habían sido descubiertas por Vesputio, proponiendo en dos de ellas que se las bautizara con el nombre de “América” en honor del navegante florentino.

Levillier aporta un dato de sumo interés en lo relativo al uso primero de la expresión “Nuevo Mundo”, que no correspondería a la carta de Vesputio de 1503 puesto que un año antes aparecía en la Biblioteca Oliveriana de Pesaro un planisferio portugués anónimo titulado “*Mondus Novus*”. En todo caso, Américo Vesputio no tuvo la menor responsabilidad en la adopción de su prenombre para denominar al nuevo mundo. “Las Casas —dice Levillier— especialista en leyendas negras al servicio de un amor al indio degenerado en odio al blanco, acusó a Vesputio de reclamar para sí la prioridad en el hallazgo de tierra firme con falsa fecha de 1497”. La leyenda contra Vesputio tuvo seguidores notables. Uno de ellos fue el bostoniano Emerson, el filósofo que afirmó que el hombre lleva en sí mismo lo necesario para regir su conducta pues lo bueno y lo malo provienen de su interior. Juzgar a los demás es parte de la conducta del hombre. No fue acertada la distinción entre el bien y el

mal que la conducta de Emerson jugó frente a Vespucio, a quien acusó de ladrón, "cuyo más alto rango naval fue el de segundo contramaestre en una expedición que no zarpó nunca, pero quien logró ingeniarse para suplantar a Colón y bautizar medio planeta con su nombre nada honorable". La cita de Arciniegas revela la completa ignorancia de Emerson acerca de la verdadera personalidad de Vespucio, buen amigo de Colón, honrado con el cargo de Piloto Mayor de España en 1508 y frente a cuyo palacio en Florencia los ediles de su patria chica pusieron los fanales con que excepcionalmente se rendía homenaje a los preclaros servidores de la República.

Al sabio Humboldt le correspondió destruir la leyenda negra urdida contra el ilustre florentino al poner en claro que fueron los miembros del Gimnasio Vosgense los responsables de haber denominado la parte meridional del nuevo continente con el nombre de Vespucio en el mapamundi de 1507. Años después, el geógrafo Gerardo Mercator lo aplicaría en el suyo de 1538 a la parte boreal y desde entonces fueron *Americae pars septentrionalis* la región del norte y *Americae pars meridionalis* la región del sur.

Algún autor entiende que el nombre de América provendría del indígena "Amerrique" de las montañas de la provincia de Chontales que separan el lago de Nicaragua de la costa de los Mosquitos y que en maya significaría "país del viento" y también "país rico en oro", sosteniendo que el verdadero nombre de Vespucio —Albérico— habría sido deformado y sustituido por el de Américo por sus compañeros de viaje. Otro autor, Gutierre Tibón, opina que América deriva de Amalarico en relación con la dinastía de los Amalos, en la que "rico" significa dominador, jefe, rey, noble, poderoso; "Am" viene de Amalo, héroe epónimo de los ostrogodos, "ric" quiere decir cabeza y "a" posesión, tierra de.

Este continente nuestro que lleva el nombre de quien comprendió por vez primera que se trataba de un mundo nuevo —en tal sentido con mayor justicia que si llevara el de quien lo confundió con uno de los viejos mundos o solamente lo consideró escala para llegar a ellos y hubo de conformarse con el nombre de uno de sus países, inventado por Miranda en 1806 (Colombia)—, contemplaría con el correr del tiempo uno de los procesos de mayor ingratitud histórica: el progresivo olvido colectivo que del nombre patronímico harían los países del nuevo mundo a favor del único sin nombre propio. Estudiando los nombres de Estados Unidos, Steward recuerda que en la convención de Filadelfia se dejó para más adelante la decisión acerca del nombre que se daría a las colonias que acababan de independizarse, desechándose posteriormente el de Columbia o Colombia en homenaje al descubridor por existir para entonces Colombia y haber adoptado Bolívar el de Gran Colombia para abarcar Venezuela, Colombia y Ecuador, y rechazándose asimismo el de Freedonia

por aquello de "donia" o "doña" libre. A Estados Unidos le faltó nombre, en tanto le sobraban a Argentina. La Constitución de 1853 dice en su artículo 35: "Las denominaciones adoptadas sucesivamente desde 1810 hasta el presente, a saber: Provincias Unidas del Río de la Plata; República Argentina, Confederación Argentina, serán en adelante nombres oficiales indistintamente para la designación del Gobierno y territorio de las provincias, empleándose las palabras 'Nación Argentina' en la formación y sanción de las leyes". Cuatro nombres a falta de uno.

Al carecer de nombre propio como país, los ciudadanos de Estados Unidos de América escogieron la última parte de esta designación para designarse a sí mismos, en atención a que la primera equivaldría a federados o confederados o unionistas cuando para entonces ya existían otras cuatro federaciones solamente en América: Argentina, Brasil, Méjico y Venezuela. A partir de entonces América ya no fue el continente entero sino el territorio de los Estados Unidos y americano ya no fue el natural de América sino el ciudadano de Estados Unidos. Comenzó siendo así para ellos mismos; pronto lo fue también para Europa y Asia. Finalmente lo fue para los demás americanos que olvidando su apellido lo renunciaron de hecho en beneficio de uno de sus hermanos. Si se incurrió de este modo en grave pecado de ingratitud frente al padre Vespucio, es razonable tener en cuenta el atenuante de generosidad hacia el hermano espiritualmente pobre, tan pobre que ni siquiera poseía un nombre que lo distinguiera.

Mas el nombre de América no se redujo a reflejar un justo homenaje al cosmógrafo navegante. Llegó a significar mucho más que eso; muchísimo más. Tanto llegó a significar que acabó siendo sinónimo de la esperanza humana. ¿Qué mayor esperanza que la creencia de estar cerca o dentro mismo del paraíso terrenal? ¿No había escrito Colón: "Majestad, estoy en el paraíso terrenal"? ¿No había escrito Vespucio: "entre mí pensaba estar cerca del paraíso terrenal"? ¿No escribiría Calmón, refiriéndose a la literatura brasileña, sobre "la exaltación poética del paisaje bajo la forma ditirámica en que se prolonga la idea bíblica del paraíso"? ¿No pensaba Fray Antonio de la Calancha que efectivamente en América estaba situado el paraíso terrenal? ¿No estaba convencido Villamil de Rada de que su pueblo natal era el mismísimo paraíso terrenal?

Ciertamente no andaba descaminado Bolívar al pensar que la libertad de América, es decir, el ser que América había de realizar, era "la esperanza del universo". "Continente de la esperanza" le llamará más adelante Martí, y morirá luchando por la libertad. "América es el nombre de la esperanza humana", cantará Capdevila y vivirá cantando a América y la libertad. Ortega, que tanto quiso a América y especialmente a mi patria chica, dirá, desentra-

ñando el íntimo sentido de la palabra: "La palabra América, repercutiendo en las cavidades de nuestra alma, suena a promesas de innovación, de futuro, de más allá".

He aquí el verdadero sentido de América como palabra y como ser. No habrían de ser las riquezas de su suelo, las más estimadas por la mentalidad materialista del hombre occidental, el oro y la plata, los que dieran la más alta medida de los beneficios de su incorporación al mundo, así fuera para equipar escuelas y ayudar a cultivar las mentes mejor dotadas (Expertos de las Naciones Unidas). Tampoco la darían las más altas riquezas espirituales que no hicieren más que doblar, que repetir, las que los viejos mundos habían dado o pudieren seguir dando. En este caso nuestro continente no pasaría de ser el "Continente-calco en que vivimos", condenado por Gabriela Mistral.

Fue el propio Cristóbal Colón, según el relato de su hijo Fernando que hemos recordado más arriba, quien abrigó la esperanza de hallar alguna isla o tierra de gran utilidad desde la cual pudiese después proseguir su intento principal, o sea, continuar la navegación ("navegar es necesario") hacia el principal intento. Eso habría de ser América: la esperanza de ser el hogar temporal del hombre en su gran aventura terrena, en la navegación de su destino, hacia el alto intento de llegar a ser hombre.

Para ello, la isla o tierra de gran utilidad habría de ser no un mundo más, no un calco de viejos continentes, sino un mundo nuevo, un continente joven, el continente de la esperanza humana.

*"América es el arca que el porvenir humano  
"contiene misteriosa y un día se abrirá"*

dirá el poeta argentino José Mármol. El uruguayo Fernán Silva Valdés también vislumbrará el futuro:

*"Hombre futuro de América,  
"Eres el esperado;  
"Serás el equilibrio. Sancho más Don Quijote"  
"América  
"taller donde se está plasmando  
"con modelos indígenas y criollos y gringos  
"la nueva flor racial para el pecho del mundo"*

Y será otro uruguayo, poeta también, José Zorrilla de San Martín, el egregio autor de *Tabaré*, quien escriba proféticamente "La Palabra queda flotando

sobre las aguas: la verdad de América, el espíritu, que mucho más que la unidad geográfica, conglomerada a todos estos pueblos nuevos".

Tenemos ya los tres elementos con los que América amasará su destino: 1) un nuevo mundo; 2) que el espíritu creará; 3) para forjar el futuro del hombre. En el futuro está la esperanza.

La tarea aparece lúcidamente señalada: crear un mundo nuevo en el nuevo mundo. El desafío estaba lanzado desde Américo Vespucio. Miguel Alemán dirá más tarde en el Congreso de Estados Unidos como presidente de México palabras que nuestra Casa, cuyo Patronato Mexicano preside, ha recordado multitud de veces y hoy las recuerda una vez más: "Vivimos en una región de la Tierra que llamamos Nuevo Mundo. Vamos a ver si somos capaces de hacer de ella el principio de algo más grande: el principio de un mundo nuevo".\*

Los continentes son organismos geográficos destinados a servir de asiento a un tipo de cultura. Roto bruscamente por la conquista europea el tipo de civilización autóctona que representaban los incas y los aztecas, entró la América en un nuevo proceso cultural, en cuyos comienzos nos encontramos. La cultura americana, cuando se haya realizado, tendrá que ser distinta de la cultura europea. Así pensaba y escribía hace medio siglo Ricardo Rojas. Con la salvedad de que, con la conquista, América no entró en un nuevo proceso cultural sino que inició el propio, así piensa su discípulo que escribe estas páginas.

El organismo continental americano comienza diferenciándose de los demás, en el diverso sentido que cobran en él tanto el tiempo como el espacio.

Uno de los primeros en advertirlo fue el joven acompañante de Edward Thorton, ministro inglés ante la corte portuguesa, llamado Alexander Caldcleugh, autor de "Viajes en Sud América durante los años 1819-20-21 conteniendo una relación del actual estado de Brasil, Buenos Aires y Chile". "He observado —escribe Caldcleugh— una cosa muy general en toda América y es que la gente no tiene idea del tiempo ni del espacio. Lo mismo les da una hora que dos y una cuadra que una legua". La observación tiene actualidad. El "ahorita" mexicano lo mismo puede significar dentro de unos instantes, en un par de horas, mañana o nunca: el "ahí no más" pampeano, a la vuelta de la esquina o siete leguas más adelante. Contemporáneamente Vicente Pazos Khanti referíase a la grandiosidad de los Andes "donde sólo el hombre es pequeño". Lucien Febvre en su conferencia "Las luces de Clío" a la que en otras ocasiones me he referido, señalaba el distinto modo que el espacio y el tiempo, que juegan papel tan importante en la vida de las sociedades humanas

\* Miguel Alemán, "Misión de la Casa de Cultura Americana", p. 16, Acapulco, 1967.

y los seres humanos, son utilizados e interpretados en América y en Europa, particularmente el espacio, sin proporción, en América, con el espacio familiar a los europeos. Solamente Brasil — advierte— se extiende de Porto Alegre en el sur a Belén en el norte, lo que quiere decir de Gibraltar a Estocolmo, y en su mayor anchor desde los confines peruanos hasta Recife, es decir, de París a Moscú. Apuntando a Estados Unidos, André Maurois observaba que todavía hoy el continente parece vacío; “los grandes espacios desnudos son la verdadera patria del americano”, quien tiene el sentido y la necesidad del espacio mucho más que el sentido y la necesidad del tiempo. El Padre Dubarle decía que el americano —inventor del hombre del espacio intergaláctico— busca sus coordenadas en función de una temporalidad muy distinta de la temporalidad europea. El espacio está presente en todas las obras sudamericanas, anotaba el uruguayo Oribe, agregando: “se encuentra notablemente en la obra de Pablo Neruda la evocación de esos espacios inmensos donde no hay absolutamente nada”. Etcheverría creyó encontrar una diferencia fundamental a este respecto entre el americano de Estados Unidos, animado de un sentimiento de audacia, expansivo, de conquista del espacio y el iberoamericano que tiene más bien el sentimiento de ser abrumado por un espacio fuera de la escala de sus posibilidades, se trate de la selva, la cordillera, el mar o la pampa (“donde sólo el hombre es pequeño”), sentimiento que se manifiesta bajo forma de melancolía, de tristeza y hasta de cierta aversión por la naturaleza.

Con tan diversos paralelos y meridianos espirituales, la cultura de América debió ser bien diferente tanto de las culturas precolombinas como de la cultura europea. Ser diferente no significa ni remotamente renegar de los genes anímicos que unas y otras aportaron a la creación de la hija común ni tampoco de otros genes que indirectamente llegaron a su matriz. La cultura del hombre es una sola porque uno solo es el espíritu del hombre. Pero cada hombre, con su propio espíritu, ha de crear su propia personalidad. Del mismo modo las naciones crean sus propias culturas y definen sus personalidades y también lo hacen los continentes. Murena reaccionaba contra el engaño de Sarmiento que quería liquidar toda vigencia de España en Argentina y aspiraba a conformar el país según otro país americano. “Y el engaño de Sarmiento, trasladado al mundo estético —decía Murena— es el que alimenta las mendaces obras de los indigenistas. No podemos continuar a España ni podemos continuar a los Incas, o a cualquier otra cultura indígena que se desee invocar, porque no somos ni europeos ni indígenas”.

Escribió Husserl unas reflexiones sobre Europa que vale la pena recordar aquí. Se preguntaba el gran lógico alemán acerca de lo que caracteriza la estructura espiritual de Europa, no geográfica ni cartográfica, y decía que en sentido espiritual pertenecen a Europa los dominios Británicos, los Estados

Unidos, etc., pero no los esquimales ni los indios de las exposiciones ni los gitanos. Creía encontrar la respuesta en una unidad del vivir, obrar, crear espirituales, con todos los fines, intereses, preocupaciones y esfuerzos, objetivos, instituciones y organizaciones. En ellos actúan los individuos dentro de múltiples sociedades de diferentes grados, en familias, linajes, naciones, donde todos parecen estar interior y espiritualmente unidos en la unidad de una estructura espiritual. “Aunque las naciones europeas se hallen tan enemistadas como se quiera —agregaba—, tienen ellas, empero, un peculiar parentesco interior en el espíritu que las penetra a todas, que trasciende las diferencias nacionales. Es algo así como una fraternidad —concluía— que nos da, en esta esfera, una conciencia patria”.

Sobre el sentido y la suerte de la cultura de América, Arnold Toynbee se formulaba estas otras preguntas: “¿Sería el Nuevo Mundo sólo una expresión geográfica o tendría una connotación espiritual? ¿Sería la nueva esperanza el monopolio de una fracción del género humano que en el siglo XX vivía dentro de las fronteras de los Estados Unidos (...) o sería una esperanza que compartiría la humanidad?”; en otras palabras, “¿sería ‘el siglo norteamericano’ del capitalista Harry Luce o ‘el siglo del hombre común’ de Henry A. Wallace?”

Para Felipe II la respuesta a la primera de estas preguntas se inclinaba a favor del primer término de la opción. La legislación de Indias —declaraba en 1571— tendía a trasladar a América el espíritu y la intención de la ley de la metrópoli. El Nuevo Mundo no tenía para el taciturno monarca sino sentido geográfico. Así pensaron los europeístas europeos y americanos de todos los tiempos. Si alguna connotación espiritual llegaba a tener, había de ser europea. Para el propio Ortega “el americano es el europeo moderno que renace en plena modernidad exento de pasado”. El chileno Díaz Casanueva hizo notar que “en general, nuestras élites han amado siempre la cultura europea y preservan la herencia acumulada del pensamiento europeo (...), mas parece que las élites ‘europeizadas’ de América Latina no tuvieran conciencia. De allí la decepción que provocan”. Díaz Casanueva aclaró su pensamiento: “Las muy sabias ‘élites’ americanas han transplantado en nuestros países un humanismo greco-latino que devino puramente formalista, orientado hacia la formación de falsas élites. (...) Las masas latinoamericanas, habiendo vivido al margen de la sociedad durante el período colonial, quieren hoy salir de la ignorancia y la miseria”. Esto se decía en 1954. Cabe repetirlo hoy. También vivieron marginadas después de la independencia hasta nuestros propios días. El Consejo Mundial de las Iglesias dice en su informe presentado en Agosto de 1973 respecto a Hispanoamérica: “La desnutrición, la alta tasa de mortalidad infantil, el analfabetismo, el desempleo, la discriminación cultural, la explotación de los obreros y la desigualdad cada vez mayor entre los ricos

y los pobres son vistos como aspectos de una situación violenta en que se ven involucrados millones de hispanoamericanos. La respuesta que ahora buscan es cómo derribar las fuerzas que perpetúan esta situación”.

A través de aquellos errores, faltas, delitos y pecados desembocamos en los actuales días cuya realidad describe ese informe. La cultura colonial tanto como la cultura europeísta o indigenista de la edad de la independencia, en la que aún nos encontramos, fueron la negación de lo que América debió ser, quizás configurando el opuesto necesario para que un día, sobre lo negativo, se afirmara lo positivo. Fueron y son la anti-América de ayer y de hoy sobre la que hemos de construir la América de mañana.

El mundo nuevo que se asentará sobre el nuevo mundo será la respuesta al desafío lanzado hace un cuarto de siglo por Miguel Alemán: vamos a ver si somos capaces de hacer algo más grande que llamar nuevo mundo a una región del planeta.

Hasta ahora no lo hemos sido. Por esa misma razón no tenemos aún una cultura americana. “Sus incipientes realizaciones por numerosas y señaladas que sean —dije en *América Cultural* de Junio de este año—, no configuran un auténtico universo espiritual ordenado y armónico, enérgicamente orientado hacia su propia personalización, hacia la autenticidad de su ser y su existir de sostenido mejoramiento”. La autenticidad del ser es un problema de conciencia y el perfeccionamiento firmemente sostenido es exigencia de existencia consciente. Ambas son demandas ineludibles del hombre en proceso de personalización.

Si hasta ahora no hemos sido capaces de hacer de nuestra región el principio de un mundo nuevo, hemos de aceptar que no será en el pasado donde encontraremos el espíritu y la fuerza que habrán de construirlo. Si en el pasado hubieren estado, allí los habríamos encontrado. Del pasado mucho podrá ser extraído —materiales, experiencias, tradiciones, aleccionamientos, sin perjuicio de los que provean el presente y el futuro—, pero el espíritu que lo estructure, lo armonice y le insuffle el soplo que lo traiga a la vida con vigor suficiente para que produzca con libertad creadora y espontaneidad emocional las soluciones americanas a los problemas americanos y también a los universales que como parte del mundo reclamen nuestra concurrencia, hemos de buscarlo aquí a partir de ahora y proseguir buscándolo vital, apasionadamente, en el porvenir.

En el campo del lenguaje y del arte Cardona Peña alertó juiciosamente: “ya no estamos para tradición, latinismo y puridad, sino para encender acciones por medio de la palabra, y sobre todo para crear, si es que podemos, el gran estilo americano que todos deseamos en rebeldía común (...), estilo americano que no es posible concebir sin un conocimiento profundo del idioma”.

Lo que Cardona Peña reclamaba para la esfera del arte, hemos de reclamar para la esfera de la vida entera. El estilo americano deberá traducir una nueva concepción de la vida, del mundo y del hombre; fundamentalmente, del sentido y del destino del hombre mismo en la vida y en el mundo, y del comportamiento del hombre ante la vida y el mundo.

En el presente y el porvenir, no en el pasado, está situado, por lo tanto, el ser de América. Así lo han entendido, con rara coincidencia, los mejores pensadores que han pensado este problema, que es, para América, el principal de todos los problemas por ser, nada menos, el problema de su propio ser.

Tratando de elucidarlo, O’Gorman expresó: “América es un proceso histórico, no un ente concluso, algo así como una sustancia. Lo inventa y concibe Europa, al principio, como una posibilidad fecunda, pero a su imagen y semejanza. Europa se considera el albacea de la cultura universal, más la invención, que no descubrimiento, es una inagotable actualización de posibilidades, como lo es la historia humana en su radical existencia. Por tanto, el verdadero problema es averiguar qué es ir siendo América por sí misma”.

Si para O’Gorman el ser de América se expresa en ese ir siendo por sí misma en inagotable actualización de posibilidades, que han de ser propias para que se dé el supuesto de ‘sí misma’ (“modo de la vida humana [...] que hizo posible (...) la extensión de la imagen del mundo a toda la Tierra y la del concepto de historia universal a toda la humanidad”), para Larroyo se identifica en la realidad viviente la personalidad americana con la de sus hombres. Es nuestra tesis. Dice Larroyo: “¿Qué es esta América a la vez idéntica y heterogénea? ¿En qué reside el ‘ser’ de lo americano a lo largo de la historia? ¿Cuáles son los caracteres que delimitan el término ‘americanidad’? El punto de apoyo de la idea de americanidad reside, por ende, en la realidad viviente, heterogénea, múltiple, y llena de históricas peripecias, de los hombres americanos. El tema de la personalidad americana es el mismo tema de la realidad histórica de los hombres de América, y, a decir verdad, en sus dos vertientes: en cuanto americanos y en cuanto hombres”. Recuérdese aquí la consigna “hay que crear hombres, y hombres americanos”. La aparente divergencia con nuestra tesis, en cuanto lo importante para nosotros no es el hombre americano de la historia que fue sino el de la historia que será, queda aventada por el propio Larroyo: “Es más: la verdadera América aún no es, será” (...) “Aun no se ha expresado en forma plena. Constituida por pueblos en formación, es creíble que el punto culminante de su cultura esté en el futuro”.

En su citado libro sobre Estados Unidos, Maritain recuerda el título de un bello poema de McLeish: “América era Promesa”. Desde el principio mismo —añade— los pueblos europeos soñaron con América como las Islas Afortunadas, la tierra de promisión (...) Lo que esperan de América es: Esperanza.

Y quiera Dios que ese hecho crucial no sea jamás olvidado aquí". Fue ese el sentido que Alfonso Reyes asignó al Nuevo Mundo: "Hoy por hoy, el Continente se deja abarcar en una esperanza y se ofrece a Europa como una reserva de humanidad. O este es el sentido de la historia o en la historia no hay sentido. Si esto no es, esto debe ser y todos los americanos lo sabemos".

Tenía razón Alfonso Reyes. Todos los americanos lo sabemos. Pero sabemos algo más; sabemos también que América no ha de ser la tierra de promisión, la Esperanza para Europa y la humanidad, si no comienza a serlo primero para los americanos, los hombres que habremos de crear a fuerza, precisamente, de esperanza. Para ello, previamente debemos restaurarla, devolverle plenitud de lozanía. Tal vez nadie como mi gran compatriota Raúl Scalabrini Ortiz, a quien en mi tierra llamé "el patriota" por antonomasia, lo expresó con mayor claridad y más profundo amor: "el espíritu de América, más una idea que una realidad (...) Lo americano es temblor de idea que junta nuestra tierra y nuestro cielo. Es lo constantemente presente, no lo fenecido. Es lo que está llegando, no lo que pasó. Es lo que haremos, no lo que hicimos. Valemos, no por lo que en nosotros se cierra —narraciones de despojos y sucesivo hundimiento de lo nativo—, valemos por lo que vamos abriendo y anunciando. Tradición de esperanza nos justifica y ensalza".

Octavio Paz concurre a fortalecer la perspectiva: "América no es tanto una tradición que continuar como un futuro que realizar", y advierte que el tradicionalismo de Vasconcelos no se apoyaba en el pasado sino que se justificaba en el porvenir. "Tradición de esperanza nos justifica y ensalza", decía Scalabrini.

En el futuro está la verdad. En sus umbrales se libra la lucha. "Ten compasión de nosotros —pedía Apollinaire— que siempre estamos luchando en las fronteras del porvenir ilimitado". Yvonne Picard nos aportó las luces realmente esclarecedoras de Husserl y Heidegger para quienes "el porvenir es lo que da la verdad, lo que permite el acceso al sentido de las cosas. El porvenir es aquello por lo cual el pasado adquiere figura y forma, deja de ser vivido para ser conocido (...) Es, por lo tanto, el poder esencial del espíritu".

Ahora estamos en mejores condiciones para entender lo que hemos venido diciendo sobre el ser de América y su futuro.

El hombre de América se alista, por consiguiente, en las filas de los que trabajan por levantar un mundo nuevo frente a quienes se aferran al mundo que se derrumba para morir entre sus escombros. Para Teilhard de Chardin no había sino dos grupos de hombres en la humanidad: los que apuestan su alma a un futuro más grande que ellos mismos, y los que por inercia, egoísmo o desaliento no quieren avanzar. La sola guerra esencial, la lucha final, abierta

—decía— es la que se entabla entre la inercia y el progreso, entre lo que se levanta y lo que desciende.

1918 marcó en América una de las horas altas de su destino, una de las pocas horas de alba del Nuevo Mundo.

Al dirigirse la juventud de Córdoba a los hombres libres de Sudamérica a raíz de los sucesos del 15 de Junio de ese año en la capital de la provincia de aquel nombre, expresó con entusiasmo y firmeza no desprovistos de cierta dosis de juvenil candor: "Hombres de una república libre (por primera vez en Argentina el gobierno había surgido de la voluntad popular) acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas con el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos: las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una Revolución, estamos viviendo una hora americana".

En ese manifiesto, uno de los primeros documentos de aquellas jornadas y sin duda el de mayor trascendencia, se decía un par de otras cosas de importancia suma. He aquí la primera: "Las almas de los jóvenes deben ser movidas por fuerzas espirituales". He aquí la segunda: "Sabemos que nuestras verdades lo son —y dolorosas— de todo el continente".

Los jóvenes universitarios de Córdoba no se equivocaron. Comenzaron por comprender que el hombre no es libre sino en la república libre, en el Estado autónomo. El hombre de la colonia —política, económica, financiera, educacional, tecnológica (no incurramos más en el error tan común de agregar la palabra "cultural" a este tipo de enunciaciones pues la palabra cultura las comprende a todas)— y naturalmente mucho más el de la factoría, condición de la que participan numerosos países considerados soberanos, no es un hombre libre aunque se maneje con cierta libertad de movimientos y palabra en su comunidad nacional. Si la nación a que pertenece no es libre, él no puede serlo. Argentina aparecía como país libre desde 1810. Sin embargo, sólo en 1916 pudo considerarse libre, con todas las reservas de sus ataduras espirituales y económicas y de la mentalidad colonial de su clase dirigente. Hasta entonces no había sido sino una colonia inglesa y una factoría de la oligarquía prepotente y fraudulenta.

La universidad argentina anterior al estallido de Junio de 1918 era la vieja universidad colonial, organizada según la mentalidad de la monarquía española y la reaccionaria oligarquía argentina, cuya enseñanza respondía al tipo escolástico, verbalista y ajeno a los problemas de la nación y a las necesidades del pueblo. Bien supieron los jóvenes universitarios cordobeses que no podía existir

en el siglo XX país libre cuyas universidades correspondieran a la mentalidad feudal, pues del espíritu que reine en los más altos centros de estudios de una nación depende la suerte de la nación entera. Francia lo descubrió medio siglo después.

Tampoco se equivocan aquellos jóvenes que me precedieron apenas por una década, al adoptar el lenguaje directo, desechando todo eufemismo y circunloquio, para nombrar las cosas, que es modo de crearlas y recrearlas. Era el lenguaje que convenía al encarar la realidad, de cuyo profundo conocimiento, según la expresión de Cardona Peña, surgiría el estilo americano.

Menos aun se equivocaron al reivindicar el sentido ético y los valores del sentimiento para la revolución que iniciaban. Hablaron de una vergüenza menos, en contraste con una libertad más; de los dolores que quedaban, en contraste con las libertades que faltaba conquistar. Más todavía: hablaron del corazón. Palabras como vergüenza, dolores y corazón inauguraban un nuevo estilo revolucionario, un nuevo estilo político de muy alto linaje.

Más si en algún sentido los jóvenes cordobeses del 18 no sólo no erraron sino que acertaron en el centro mismo de la cuestión, fue al sustituir el materialismo que a través de su última expresión, el positivismo, imperaba en la república oligárquica y colonial, por las fuerzas espirituales y el rotundo reconocimiento de la existencia del alma: "Las almas de los jóvenes deben ser movidas por fuerzas espirituales".

El otro gran acierto de los jóvenes universitarios de la Córdoba del 18 fue comprender que iniciaban una verdadera revolución que lejos de reducirse al ámbito nacional se extendía a todo el continente ("estamos viviendo una hora americana"). Así lo determinaba una suprema razón: las dolorosas verdades argentinas eran las verdades dolorosas de todo el continente. No se equivocaron: en 1921 se reunía en México el primer congreso internacional de los estudiantes de la Reforma Universitaria. La revolución de los jóvenes americanos se había propagado con la rapidez de la luz. Era la luz.

En no lejana ocasión declaré que soy hombre de la reforma universitaria argentina.\* En sus fuentes bebí la emoción que ha mantenido encendido mi espíritu durante casi medio siglo. Al clausurar el Congreso de Córdoba, Deodoro Roca, a quien no alcancé a conocer personalmente, leyó el discurso final de la sesión del 30-31 de julio que apareció publicado en el diario "La Voz del Interior" de la ciudad de Córdoba, edición del día 31 de julio, y en el número de "Ideas" de Buenos Aires correspondiente al mismo mes de aquel mismo año. "Dos cosas en América y, por consiguiente, entre nosotros —dijo Roca— faltaban: hombres y hombres americanos. Esto no significa —agregó— que

\* "La Universidad de América", Acapulco, Abril de 1970, p. 15.

nos cerremos a la sugestión de la cultura que nos viene de otros continentes. Significa sólo que debemos abrirnos a la comprensión de lo nuestro".

En otros párrafos, Roca expresó que la plebe se suprime tallándola en hombres ("Homocracia propone atacar la masa mediante el único método digno de la dignidad humana: dignificando al hombre en la masa", diré muchos años después) y señaló la urgencia en legislar, en legitimar lo que hay de desigual entre los hombres ("Uno de los difíciles problemas que el Código del Hombre tendrá que acometer es el de armonizar la igualdad esencial de todos los hombres con las desigualdades humanas", escribiré cincuenta y cuatro años más tarde). En ese discurso, Roca formuló "la más recia imposición de la hora: Crear hombres y hombres americanos".

Posteriormente, en Setiembre de 1920, en "La Universidad y el Espíritu Libre", Roca expresará: "Vivimos una hora solemne. El mundo está preñado de acontecimientos. Está anunciado el advenimiento del hombre. Una "sed de totalidad" abraza las almas y por el aire cruzan vientos de revolución. Es la mutilada cosa humana que se redime. Es el hermano que liberta, libertándose. Mientras los hombres sigan mutilados, no aparecerá el Hombre. Cuando éste aparezca, pleno en la posesión de sí mismo, habrá otra luz en el mundo". Ese día —acoto— se realizará la esperanza: el nuevo mundo será un mundo nuevo.

Tal vez estas citas contribuyan a acabar de comprender la razón que nos movió cuarenta y cinco años después a fundar la Casa de Cultura Americana y a trabajar los diez años siguientes por su mantenimiento y su crecimiento.

Sabíamos que el hombre de América aún no había sido creado. No podíamos apartar de nuestra conciencia el mandato de quienes nos legaron la responsabilidad de intentarlo con la mayor intensidad y el más sostenido entusiasmo. Olvidar esa obligación habría sido tanto como traicionar nuestra propia juventud, es decir, lo mejor de nosotros mismos, y desertar del más hermoso deber que nos habíamos impuesto para la vida.

El hombre americano por cuya creación lucharíamos desde nuestro pequeño hogar continental era el hombre integral en el que pensaron los filósofos y los teólogos y soñaron los poetas, el mismo al que se refirió la "sed de totalidad" que daría fin a las mutilaciones que había venido sufriendo la criatura humana y a la que aspiró la revolución universitaria del 18.

Esa revolución desembocaría en la gran revolución de nuestro tiempo, la revolución creadora del hombre —cuyo advenimiento se anunciaba— que concebiría al hombre entero y enterizo participando activa, múltiple y permanentemente en la realización de su propio destino. Ese destino suyo estaba en América, no en Europa, Asia, África ni Oceanía. Si viviese en África, allí estaría su natural destino. Lo mismo ocurriría si viviese en Oceanía, Asia o Europa en relación con estos otros continentes. Por consiguiente, americano

había de ser el hombre de América para llegar a ser hombre del mundo, etapa final de la formación de su personalidad humana y su humano destino.

Hacia el hombre americano se orientaría, pues, nuestra labor cultural. No estábamos descubriendo la pólvora. El art. 45 de la Carta de Bogotá tenía dicho desde quince años atrás que la educación, la ciencia y la cultura —habría bastado decir cultura— deben orientarse hacia el mejoramiento integral del hombre, “lo que significa proclamar que el ser humano no es un ente exclusivamente económico, sino espiritual en primer término”, y consagrar que el hombre “es la resultante de materia y espíritu, lo que determina que cada ser constituya una personalidad diferenciada cuyos derechos humanos deben ser inviolables para que pueda cumplir en debida forma los fines de su existencia y los de la colectividad” (“La Educación”, 45-48), es decir, los fines propios de las dos dimensiones integradoras y complementarias del hombre.

En el camino que llevaría a la revolución americana, el hombre de América había ido dando pruebas de la riqueza de su ingenio, de sus facultades creadoras, de la fecundidad de su emoción, de la energía de su voluntad.

En la poesía, cada país del continente cantó a la tierra de la esperanza y a las cosas del hombre y del mundo con inspiración no inferior a la de otras latitudes. “La poesía civil de nuestro país —dice Ricardo Rojas aludiendo a Argentina— abunda en cantos a América, y es la ‘Atlántida’ de Andrade —canto al porvenir de la raza latina en América— el poema que mejor expresa la índole de nuestro sentimiento americano”. El mismo autor apunta: en veinte años, de 1810 a 1830, nuestros poetas cantan a la libertad de América, Rojas opone su doctrina a los sentimentales del patriotismo “que sólo dan en la acción, una política regresiva, y, en la contemplación, un arte rudimentario. Para preservarse de una y otra, Eurindia abarca lo nativo y lo extranjero, dilatando lo nativo a todo lo americano”. El español Alonso de Ercilla y Zúñiga había cantado en “La Araucana” a la altivez, el valor y el amor a la tierra del pueblo araucano con emocionado acento americano, y lo propio hicieron Martín del Barco Centenera cantando a la Argentina y Carlos de Sigüenza y Góngora y Sor Juana cantando a México, en tanto Andrés Bello preparaba su inconcluso canto general a América que Pablo Neruda coronaría un siglo después alcanzando superiores alturas líricas. Otros hombres marcan otros tantos picachos líricos: José Hernández, José Asunción Silva, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Gabriela Mistral, Manuel Gutiérrez Nájera, José Santos Chocano, José Martí, Olavo Bilac, Walt Whitman.

Pereira Salas considera al movimiento modernista la primera doctrina estética de origen americano, cuya influencia se hace sentir sobre toda la literatura de lengua española. Por su parte, otro crítico literario y poeta, Alfredo Cardona Peña, entiende que nunca como con el modernismo la lengua española

logró tan gratas revelaciones, ni nunca, en cierto sentido, fue tan universal y conciliadora, siendo en América, en la esfera del arte, una manifestación abiertamente revolucionaria, que producida por la consciente asimilación de culturas europeas, atrapa la mecánica de sus movimientos para incorporarla a planes de trabajo perfectamente definidos y fundir en una sola pieza los lingotes áureos del clasicismo, la violenta y desesperanzada crisis romántica, la geometría marmórea del parnaso y las explosiones sensorias del simbolismo, sin inventar nada nuevo, pues, en rigor, nunca han existido poesías nuevas sino poetas.

La originalidad americana que Pereira Salas atribuyó al modernismo, fue asignada por Arciniegas al romanticismo como escuela o tendencia. En tanto en Alemania aparece en 1797, en Inglaterra en 1798 y en Francia en 1813, en América se conjuga con el despertar de la conciencia americana desde las insurrecciones de 1780 y las misiones científicas que tanto concurrieron a brindar una imagen completamente diferente de la que se tenía de nuestro continente.

En literatura, como en poesía, son incontables las primeras figuras. El peruano Luis Alberto Sánchez, el argentino Enrique Anderson Imbert, el dominicano Pedro Henríquez Ureña y el colombiano Germán Arciniegas escriben libros que informan ampliamente sobre cada época y cada país en materia literaria.

Guido Perocco, profundo conocedor del arte figurativo, cree que Estados Unidos, México y Brasil son los centros que mejor lo representan, afirmando que “en sus grandes líneas, los elementos del lenguaje figurativo moderno han sido inmediatamente asimilados en América: el impresionismo, el fauvismo, el cubismo, el expresionismo, el surrealismo abstracto han encontrado en América un terreno virgen que ha producido caracteres totalmente americanos”. En su opinión, el más auténtico pintor de Estados Unidos, con las mismas fuentes de inspiración que Faulkner y O’Neill, es Ben Shahn, de quien señala “su búsqueda del hombre en un mundo nuevo, que procura descubrir en la vida cotidiana”. En cuanto al Brasil, considera a Livio Abramo, Cándido Portinari y Fayga Ostrower los más destacados representantes que ha dado el arte figurativo moderno, artistas que incorporan elementos nuevos suministrados por la tierra virgen americana. “El descubrimiento de este Nuevo Mundo —expresa— es también, desde el punto de vista del arte figurativo, una conquista para el espíritu”. Durante la colonia destaca nitidamente en pintura el potosino Melchor Pérez Holguín. Maurois concede mención especial al retratista estadounidense Whistler que muere a principios de nuestro siglo. Alta jerarquía plástica alcanzan Diego Rivera, José Clemente Orozco, Emilio Pettoruti, Pedro Figari. En el grabado ocupa indiscutible primer lugar el mexicano José Gua-

dalupe Posada. En escultura lo hacen el brasileño Antonio Francisco Lisboa, "O Aleijadinho", y el argentino Rogelio Irurtia.

Arquitectónicamente América ofrece durante la colonia el estilo quiteño —para Oribe, como ciudad-museo, Quito es la equivalente de Toledo—, el estilo potosino, el estilo arequipeño, el estilo mexicano-churrigueresco que en múltiples casos degenera en churriguerismo, luego de haber dado la majestuosa sobriedad del Alcázar de Diego Colón, cuyas ruinas visité muchas veces en la capital dominicana para leer, meditar o escribir, o combina estilos como en la exquisita muestra del palacio de Torre Tagle, hoy asiento del ministerio de Relaciones Exteriores del Perú. En nuestro siglo, la arquitectura de Estados Unidos, Brasil y México marcha a la vanguardia de las fórmulas renovadoras del arte de los grandes espacios.

Héctor Villa-Lobos, Manuel Ponce, Silvestre Revueltas y Julián Aguirre se inspiran en motivos populares para encabezar un movimiento musical rigurosamente auténtico en los países de origen ibérico, tal como George Gershwin lo hace en Estados Unidos.

La filosofía y la ciencia van adquiriendo paulatina significación. En el campo filosófico sobresalen Varona, Hostos, Dewey, Henry y William James, Korn, Vaz Ferreira, Francisco Romero, y en el científico Francisco Hernández en pleno siglo XVI con su famoso tratado de farmacopea indígena; José Celestino Mutis y Francisco José de Caldas en las postrimerías de la colonia, en botánica; Rufino José Cuervo en filología y Florentino Ameghino en paleontología; los hermanos D'Elhuyar en minería; Agostino Codazzi e Hipólito Unanue en geografía y geografía humana, respectivamente, sin perjuicio de la obra médica del último; Carlos Juan Finlay en este mismo campo; Bernardo Houssay en el de la fisiología; numerosos científicos estadounidenses en los de la química, la física, la biología, la astronomía, etc.

Sin disminuir en un ápice la significación de las contribuciones culturales que acabo de reseñar en el par de páginas anteriores, en las que la mención de ciertos nombres traduce un rendido homenaje a los ilustres compatriotas de continente que en sus tiempos y esferas de trabajo concurren poderosamente a la formación del espíritu americano, sin que la omisión de otros que lo hicieron con parejos y en casos superiores títulos importe ingratitud ni olvido, tal vez sea en el campo político donde América haya proporcionado su más valiosa aportación a la cultura universal.

A Estados Unidos le tocó inventar y organizar el Estado republicano de los tiempos modernos bajo la forma democrática que poco menos de un siglo después de instaurada Abraham Lincoln definiría como el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Desde allí cruzaría el Atlántico y posteriormente se expandiría a través de los viejos mundos y el resto del nuevo. El 27 de

julio de 1789 el arzobispo de Burdeos, en su condición de relator del Comité de Constitución, declaró que al decidir la Asamblea Constituyente de Francia proclamar una declaración de derechos, seguía en ello el ejemplo de América. "Esta noble idea, concebida en otro hemisferio, debía preferentemente transplantarse entre nosotros. Hemos concurrido a los acontecimientos que dieron a la América septentrional su libertad: ella nos muestra sobre qué principios debemos apoyar la conservación de la nuestra; y es el Nuevo Mundo, al que anteriormente no habíamos llevado sino cadenas, que nos enseña hoy a preservarnos de la desdicha de cargarlas nosotros mismos".

De 1731 a 1735 los comuneros del Paraguay se levantaron reclamando mayor autoridad para el común, siguiendo las ideas de José de Antequera que había sido gobernador, Fernando Mompo "hablaba del poder del común de cualquier república, ciudad, villa o aldea, enseñando que era más poderoso que el mismo rey. Y que en manos del común estaba admitir la ley o el gobernador". Existían antecedentes en la península: el juramento que en Aragón se exigía del rey, a quien se le advertía que el común valía más que él ("Nos, que juntos valemós más que Vos"); las reuniones vascas en torno del árbol de Guernica, allá en Viscaya, cuna de las libertades vascongadas; el alzamiento de los comuneros de Castilla contra Carlos V que los aniquiló en Villalar y ajustició a sus jefes Padilla, Bravo y Maldonado en 1521. El soberano ya no sería el rey sino el pueblo desde los comuneros del Paraguay; la Constitución, el pacto o contrato social que el pueblo soberano impone.

Para las ex-colonias de España y Portugal las dificultades fueron mayores que para las ex-colonias de Inglaterra, pues éstas habían adquirido experiencia en cosas del gobierno propio, en tanto aquellas habían sido gobernadas con mano férrea desde sus metrópolis europeas. A la inexperiencia de las últimas han de atribuirse los titubeos en cuanto a la forma de gobierno. Para lograr y afianzar la independencia muchos dirigentes pensaron en el establecimiento de la monarquía, mas el sentimiento popular siempre se inclinó decididamente hacia la forma republicana. Lo cierto es que, salvedad hecha del Brasil que optó pacíficamente por la monarquía al independizarse de Portugal, Haití que conoció autócratas que se titularon emperadores imitando a Napoleón, y México que hubo de soportar las experiencias monárquicas de Iturbide, también émulo de Napoleón, y Maximiliano, auspiciado por el pequeño Napoleón, el resto de las naciones americanas una vez adoptada la forma republicana y representativa no la abandonó nunca más.

Otra importantísima contribución a la evolución política de la humanidad, superior en sentido a la anterior, la dio América a través del cambio pacífico de formas de gobierno. La primera Junta que sustituyó al virrey español en Buenos Aires en 1810 para nunca más recaer bajo la dominación de su metró-

poli, quedó establecida sin dispararse un solo tiro, y lo mismo ocurriría más tarde al independizarse Brasil y Canadá de las suyas. Mientras la república representativa es una de las varias formas de gobierno, sin duda la mejor entre las experimentadas por las sociedades humanas —excluyó la homocrática por no pertenecer hasta ahora sino al campo teórico—, acerca de cuyas virtudes se puede concordar o discordar, el cambio pacífico de un sistema político a otro, cualesquiera estos sean, refleja un estado superior de evolución humana al prescindir de la violencia, asunto acerca del cual me remito a un trabajo anterior.\*

Muchas otras aportaciones podrían ser mencionadas en este momento. Delegando la tarea a las manos de los especialistas en cada sector cultural, me limitaré aquí a destacar la significación de la independencia cultural americana proclamada por Andrés Bello en 1823, cuya repercusión se escucharía en recientes años en lugares tan distantes como Africa y Asia. Siendo Lamine Diakhaté ministro de Información del Senegal expresó claramente: "Los militantes de la "negritud" eligen aplicarse ante todo a la alienación cultural, puesto que ella condiciona todas las demás".

Han de resaltarse asimismo las diversas doctrinas que han configurado un bien perfilado derecho internacional americano que incluso sirvió de guía a la organización de las Naciones Unidas. Entre ellas, con justicia han de ser señaladas las de Mariano Moreno, José C. del Valle, Bernardo de Montegudo y Simón Bolívar sobre la unión de los pueblos del continente, la de Benito Juárez sobre el respeto al derecho ajeno como definición de la paz, la de Mariano Varela sobre "la victoria no da derechos", la de Carlos Calvo sobre la exclusión de la fuerza en las reclamaciones pecuniarias de un país a otro —aplicada por Drago, ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, en 1902 en ocasión del conflicto entre Inglaterra y Venezuela—, la del delegado argentino Manuel Quintana sobre el arbitraje obligatorio propuesto en 1890 al constituirse la Unión Panamericana y rechazado entonces por Estados Unidos; la de Genaro Estrada sobre la autodeterminación de los pueblos; la de Hipólito Yrigoyen sobre el carácter sagrado que el hombre ha de tener para el hombre y los pueblos para los pueblos y el deber de un país "de estar con todos para el bien de todos".

Las realizaciones que se han visto y que en conjunto solamente constituyen una parte del todo que podríamos llamar cultura americana en grado inicial, no en formación pues siempre ha de estar en formación toda unidad cultural que corresponda al espíritu vivo del hombre, no han tenido vigencia únicamente dentro del perímetro continental —Buarque de Holanda reconocía que "la

\* "Cultura y Violencia", Acapulco, Diciembre de 1971.

República Brasileña se ha basado sobre la constitución de Estados Unidos" y "cuando el Brasil constituyó su república aceptó el modelo americano"— sino que lo han trascendido, ejerciendo benéfica influencia sobre el hombre de otros continentes según quedó comprobado en el plano político.

Preguntado en cierta ocasión Gandhi sobre cuáles eran las influencias occidentales que había sufrido, contestó: "Dos: la de Tolstoi y la de Thoreau", "el autor —dice Kochnitzky— del "Ensayo sobre la Desobediencia Civil", aquel pequeño estudiante mal alimentado que Emerson había recogido y que escribió ese libro capital de la literatura americana, y que un buen día, por no haber pagado sus impuestos, fue puesto en la cárcel". André Maurois, por su parte, admitió la observación de Rappard en el sentido de que bastaba examinar una cualquiera de las jornadas del europeo para ver hasta qué punto los productos americanos, los hábitos americanos, las publicaciones americanas (referirse naturalmente a Estados Unidos) juegan papel en la vida del europeo. Expresaba que en nuestra época somos civilizaciones de masas "y los americanos han sido los primeros en producir para las masas". Ernest Van Schenck lo confirmó en relación con Alemania: "Alemania de posguerra está mucho más americanizada que América misma". El propio Proust declaró un día: "Yo debo casi todo a William James". Alfonso Reyes hizo en "Medallones" una prolija mención de literatos ilustres sobre quienes América había ejercido considerable fuerza de atracción.

Tenía razón y no la tenía Jacques Havet cuando afirmó que el problema de las relaciones entre el Nuevo Mundo y Europa era en realidad un debate interior para la conciencia del hombre occidental. No la tenía en cuanto la afirmación suponía la adscripción de América al ámbito occidental; sí la tenía en tanto el problema era de conciencia.

Efectivamente, el problema del ser y destino de América es un problema de conciencia. Así lo entendimos desde un principio y así lo hemos venido predicando.

Del mismo modo que la conciencia individual estriba en la cenestesia, unidad de cuerpo en el espacio, y en la memoria, continuidad del espíritu en el tiempo, la conciencia nacional del yo colectivo se organiza por asociación de conciencias individuales hasta definir un tipo de cultura en religión, política, filosofía, letras y artes, decía mi maestro Rojas. Avanzando en la exposición de su pensamiento, agregaba que nuestra conciencia de americanidad se funda en la experiencia histórica que comprende y asimila lo indio, lo español y lo criollo, y "se integra por el conocimiento de las ajenas culturas, antiguas o modernas, orientales u occidentales, a cuyo benéfico magisterio no renunciaremos". Rojas proyectaba esa conciencia en la escuela nueva que habría de constituirse en su torno, "no para la variedad que son las escuelas filosóficas, literarias o artísticas, sino para que

ella sirva de núcleo iniciador, a fin de que la conciencia americana organice por sí misma su cultura". Análoga reclamación hacía otro educador argentino, Juan Mantovani, quien insistía sobre "la necesidad de despertar en todos los grados y ramas educativos la conciencia de América, deber irrenunciable de la escuela del Continente, si desea asegurar el conocimiento y la comprensión entre los pueblos".

Apuntando a las naciones latinoamericanas Rafael Caldera, que luego ocuparía la presidencia de Venezuela, manifestaba que "el problema está en formar una tal conciencia de unidad, una tal conciencia de compenetración que se imponga en la realidad americana la existencia de ese conjunto de pueblos que teniendo muy diversas voces, representan todos un solo sentimiento y una sola actitud".

El brasileño José Honorio Rodrigues ponía énfasis en la necesidad de "acentuar la americanidad". El respeto por las relaciones interamericanas —decía— "debe destacar las actitudes, iniciativas y hechos que forman la conciencia americana de nuestra civilización y constituyen una garantía de los destinos pacíficos de nuestro mundo".

Es asunto de conciencia. Aquí más que nunca la reflexión ha de ser ante todo autorreflexión, como lo era para Kierkegaard y Nietzsche, para quienes comprenderse a sí mismos era el camino de la verdad, lo que equivalía, anota Jaspers, a tomar conciencia de la propia personalidad.

Rigurosamente cierto es que en América aún no hemos tomado conciencia de nuestro ser por causa de no haber autorreflexionado seriamente acerca de la primera cuestión que debiera plantearse todo americano: ¿por qué y para qué hemos nacido o vivimos en América? Esa es la primera pregunta cuya acertada respuesta nos ayudaría a comprendernos a nosotros mismos y nos encaminaría por el camino de la verdad, de nuestra verdad americana y humana. Mientras no nos hagamos esa pregunta fundamental y no sepamos reflexionar amplia, limpia y serenamente sobre su sentido, sin permitir la menor interferencia del prejuicio y el recelo, jamás podremos ni siquiera aproximarnos a la gran empresa de crear un mundo nuevo en el nuevo mundo.

El día que verdaderamente acometamos la tarea, entenderemos que como todas las cosas realmente importantes de la vida humana, también este es problema de sencilla solución. Se reduce a procurar la síntesis de las diversas culturas de América en la gran cultura americana que las comprenda a todas sin destruir a ninguna, antes bien, vigorizando a cada una de ellas. Lo que Vasconcelos esperaba de la nueva raza, la raza final, la raza cósmica, "hecha con el tesoro de todas las anteriores", es lo que debemos aspirar en el orden del espíritu, que es el orden de la cultura.

Una gran mujer americana, Ana de Gómez Mayorga, en un pequeño libro titulado "Americanismo", abarcando "el continente de uno a otro confín", "de uno a otro polo", referíase a los grandes valores que han de cimentar la cultura autónoma sobre los que se asentaría "el nuevo mundo, el mundo de mañana", resultando imperioso a ese fin "barrer con mano firme lo gastado, lo inútil, lo ocioso, lo vacuo, lo frívolo, lo superficial, para dar paso a lo nuevo, lo provechoso, lo fecundo, lo profundo, lo perdurable", "el verdadero amor fraterno; la verdadera caridad; el auténtico espíritu de servicio". Para realizar esto "necesitamos conocernos, y para conocernos, necesitamos acercarnos".

Acerquémonos, pues, y conozcámonos para amarnos y servirnos.